

# LA PSICOGEOGRAFÍA CULTURAL DEL DESARROLLO HUMANO\*

**Moisès Esteban-Guitart**

Universidad de Girona  
moises.esteban@udg.edu

## RESUMEN

El objetivo del artículo es presentar las bases teóricas y conceptuales de una disciplina a medio camino entre la psicología, la geografía y la antropología: la «psicogeografía cultural del desarrollo humano» (PCDH). Entendiendo por PCDH el estudio del desarrollo psicológico humano dentro de ciertas «geografías vitales y psicológicas» como un río, montaña o valle; una institución social como la escuela o la familia; ciertos artefactos como una bandera, un libro o un mapa; ideologías como el nacionalismo o liberalismo; relaciones sociales entre, por ejemplo, padre e hijo y ciertas actividades realizadas.

**Palabras clave:** Psicología cultural, geografía vital y psicológica, psicogeografía cultural del desarrollo humano, paisaje psicológico, territorio psicológico, cartografía psicológica.

## ABSTRACT

The aim of this paper is to show some theoretical principles of «cultural psychogeography of human development» (CPHD), discipline in between psychology, geography and anthropology. I mean by CPHD the study of psychological human development in certain «vital and psychological geographies» as a river, mountain or valley; social institution like school or family; artifacts such as flag, book or map; ideologies (for example nationalism or liberalism); social relationships (for instance between father and son) and particular activities.

---

Fecha de recepción: octubre 2010.

Fecha de aceptación: abril 2012.

\* Este artículo ha sido posible gracias al proyecto financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación con referencia EDU2009-12875.

**Key words:** Cultural psychology, vital and psychological geography, cultural psychogeography of human development, psychological landscape, psychological territory, psychological mapping

«Mi salida natural hacia el universo se abre por los puertos del Guadarrama o el campo de Ontígola. Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: solo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo. La ciencia biológica más reciente estudia el organismo vivo como una unidad compuesta del cuerpo y su medio particular: de modo que el proceso vital no consiste solo en una adaptación del cuerpo a su medio, sino también en la adaptación del medio a su cuerpo. La mano procura amoldarse al objeto material a fin de apresararlo bien; pero, a la vez, cada objeto material oculta una previa afinidad con una mano determinada. Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo. *Benefac loco illi quo natus es* («sé benefactor generoso con el lugar que te vio nacer»), leemos en la Biblia. Y en la escuela platónica se nos da como empresa de toda cultura, esta: «salvar las apariencias», los fenómenos. Es decir, buscar el sentido de lo que nos rodea».

José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*

## I. INTRODUCCIÓN

### 1. El error de la psicología o la «psicología fuera de la geografía»

En el año 1979 Bronfenbrenner lanzaba una dura crítica a la psicología del desarrollo humano. «Puede decirse que buena parte de la psicología del desarrollo, tal como existe actualmente, es la ciencia de la extraña conducta de los niños en situaciones extrañas, con adultos extraños, durante el menor tiempo posible» (Bronfenbrenner, 1987, p. 38). La afirmación esconde una evidencia empírica, mostrada en un pie de página asociada a ella: el 76% de los estudios sobre el desarrollo infantil, de un total de 902 publicados entre 1972 y 1974 en las revistas *Child Development*, *Developmental Psychology* y *Journal of Genetic Psychology*, fueron llevados a cabo mediante el paradigma experimental del laboratorio. Es decir, estudios de niños «extraños» (elegidos al azar), haciendo cosas «extrañas» (en un laboratorio artificial) con adultos «extraños» (investigadores y estudiantes de doctorado ansiosos de publicar). La crítica es profunda ya que considera que la metodología utilizada para generar conocimiento es limitada y susceptible de sesgar lo que ocurre realmente: en niños y niñas «reales», haciendo cosas «reales», con adultos «reales». Por lo tanto, si la metodología no es fiable, no mide aquello que se pretende medir, entonces el conocimiento tampoco lo es. Es decir, la psicología del desarrollo humano basada en la ecología artificial de los laboratorios es un sinsentido.

Permítanme que cuente una anécdota personal para explicar lo que estoy intentando decir. Hay un buen número de investigaciones que sugieren la existencia de una cosa llamada «teoría de la mente», una capacidad que presuntamente aparece entre los 3 y los 5 años de edad y que nos permite inferir la conducta personal y ajena mediante la utilización de verbos

de estado mental. Dicho con otras palabras, nos permite ponernos en la mente de las otras personas y predecir que su conducta está guiada por procesos mentales e intencionales (para una revisión de la literatura ver Doherty, 2009). Por ejemplo, yo puedo decir que Juan abandonó la charla porque estaba muy triste, dado que su chica le dejó plantado horas antes. La conducta, en este caso el abandono de una actividad, se explica infiriendo estados mentales: su tristeza. Uno puede pensar que es razonable el constructo psicológico ya que está debajo de conductas tan relevantes como la empatía. Sin embargo, cuando la psicología evolutiva estudia este constructo mediante procedimientos experimentales puede conducir al problema del «extrañamiento», planteado al hilo de Bronfenbrenner. Muy convencido de la teoría de la mente, aspecto que tuve ocasión de estudiar, decidí aplicar los test o pruebas más significativas y utilizadas para evaluar su adquisición: la tarea de la falsa creencia o la tarea del contenido inesperado, entre otras. A modo de ejemplo, según la primera el participante debe predecir la conducta de un supuesto niño ante la siguiente situación: «Pedro y María están jugando a la pelota. Cuando se cansan deciden guardar el balón en un armario rojo que hay al lado de otro armario amarillo. Cuando Pedro se va, María cambia la posición de la pelota y la pone en el armario amarillo. Más tarde Pedro regresa en busca del balón, ¿dónde irá a buscar la pelota?». Cuando los niños dicen al armario rojo muestran tener teoría de la mente ya que Pedro no sabe que María ha cambiado la localización de la pelota y por lo tanto la buscará allí donde piensa que está. Tareas como la expuesta las apliqué a indígenas de Chiapas. Evidentemente, y después de los hallazgos de la psicología cross-cultural, psicología indígena y psicología cultural (Ratner, 2008) ello no debería sorprender, los niños y niñas de Zinacantán (Chiapas, México) no mostraban teoría de la mente, ni a los tres, cuatro, cinco, seis, siete años. Es decir, eran incapaces de pasar las pruebas mencionadas. ¿Quería decir ello que no tienen teoría de la mente, empatía o capacidad de ponerse en el punto de vista del otro y otra? Evidentemente no. Sus conductas diarias mostraban dosis elevadas de sintonía mental con otras personas, inferencias y deducciones psicológicas que el mismo Piaget, Wellman o Perner considerarían, creo, integrantes de la teoría de la mente. Entonces ¿qué pasa?, ¿cuál es el problema?, ¿no será que el instrumento, derivado de un montón de investigación realizada en Europa y los Estados Unidos, no es fiable, no mide lo que dice medir?, ¿acaso no mide lo que esperaríamos que midiese cuando se utiliza en un contexto desconocido y remoto? Déjenme recordar el origen de todo este debate.

## **2. La psicología «dentro» de la geografía. La expedición de las estepas del Asia Central**

Quizá uno de los primeros estudios que situó el estudio de los fenómenos psicológicos (identidad, percepción, razonamiento, inteligencia) dentro de una geografía, es decir, un contexto físico y cultural particular, sea la expedición de los años treinta, liderada por Vygotski, pero llevada a cabo por Alexander Luria y un equipo de psicólogos del Instituto de Psicología de Moscú. El objetivo era estudiar el impacto de la revolución socialista sobre una antigua cultura islámica de cultivadores de algodón en las estepas del Asia Central. Por lo tanto, estudiar el impacto histórico y cultural o, dicho con otras palabras, se trataba de obtener datos empíricos sobre el efecto que tenía las condiciones socioculturales en los procesos psicológicos superiores. El plan stalinista de convertir las granjas individuales en cooperativas era un buen motivo para observar los efectos de la revolución soviética, con-

cretamente en Uzbekistán. Cinco grupos participaron en el estudio: 1) mujeres analfabetas, 2) personas que mantenían las granjas individualmente, 3) mujeres que atendían a cursos breves de jardinería, 4) granjeros cooperativistas que habían realizado cursos de formación y, finalmente, 5) mujeres que habían cursado 2, 3 años de estudios en una escuela de formación de maestros/as. Es decir, se trataba de observar dos grupos aislados (el 1 y el 2) y tres (el 3, 4 y 5) que habían recibido algún tipo de formación alfabetizadora y que se habían expuesto al cambio tecnológico.

Los datos recogidos de uzbekos y kirguises sugirieron que las funciones psicológicas superiores varían de acuerdo con los diferentes modos de vida y las realidades concretas de los grupos sociales estudiados. Dicho con otras palabras, la transformación de las bases económicas, la liquidación del analfabetismo y los cambios efectuados en la religión hacían posible una revolución en la actividad cognitiva que Luria (1997) llama el paso de las formas de pensamiento práctico (intuitivo-activo) al pensamiento abstracto. Más específicamente, los investigadores estudiaron la percepción y generalización, la deducción y razonamiento, la imaginación y la identidad de las personas en los distintos cinco grupos sociales estudiados. En este sentido, la percepción pasaba de basarse en la experiencia visual e inmediata (grupo 1 y 2), a incluir procesos más abstractos como la categorización (incluir un objeto en un sistema de categorías). De igual modo, el razonamiento empezó a adoptar nuevas operaciones abstractas como la inferencia que posibilita distanciarse del aquí y ahora e ir más allá de la reproducción de las experiencias prácticas anteriores. También y, ligado a todos estos cambios, los investigadores mostraron cómo la identidad o autoconciencia de las personas pasaba de aquello que uno hace o le gusta, a aquello que uno es en tanto rasgos internos y particularidades. En definitiva, los cambios socio-históricos conducen a la creación de nuevas estructuras mentales, nuevos contenidos y nuevas actividades. Por ejemplo, a los participantes en los estudios liderados por la expedición de Luria se les ofrecía una serie de matices de colores (o figuras geométricas). Primeramente, debían denominar estas figuras, después hacer una clasificación. Las personas alfabetizadas (activistas de las cooperativas y asistentes a los cursos para maestras de primaria) utilizaban categorías (azul, rojo, amarillo) para denominar y clasificar las figuras. Mientras que en el caso de las mujeres no alfabetizadas les resultaba enormemente difícil y sin sentido la tarea propuesta por los investigadores respondiendo con frases del siguiente tipo: «esto es imposible de hacer», «aquí no hay parecidos, no se pueden poner juntos», «no se parecen en nada». O bien lo relacionaban con objetos conocidos: «este es del color del estiércol, y este, del color de un melocotón». Otra tarea realizada consistía en agrupar cuatro objetos teniendo en cuenta que tres pertenecían a una misma categoría, mientras que el cuarto era de otro grupo. Se preguntaba por los tres objetos que se «parecían», «se podían agrupar en un grupo» o «denominar mediante una palabra». Por ejemplo, imaginemos los objetos «martillo-sierra-tronco-hacha». Los que habían asistido a la escuela clasificaban estos cuatro objetos del siguiente modo: «martillo, tronco y hacha son instrumentos, lo que no se parece es el tronco». En cambio, participantes analfabetos vinculaban la situación a la práctica y cotidianidad de su experiencia personal. Por ejemplo, «todos estos son parecidos, creo que todos estos hacen falta. Para serrar necesitamos la sierra, y para romper el martillo, todo hace falta». Pare este mismo grupo tampoco tenía sentido problemas del siguiente tipo: «Del A al B hay que caminar tres horas, y del B al C dos horas. ¿Cuántas horas se tarda del A al C?». Los campesinos se negaban a desarrollar operaciones lógicas

formales y mencionaban la ausencia de una experiencia propia: «no sé qué es A y B, nunca he estado allí», «mi hermano le gusta mucho caminar, camina cada día tres horas». Frente a la misma instrucción «¿Qué es lo que le gustaría saber? Hágame tres preguntas» también se obtenían respuestas distintas en función del grado de alfabetización. Analfabetos daban respuestas del tipo: «nosotros no nos interesamos por nada, lo único que nos interesa es recoger la cosecha y cortar árboles con el hacha», «no sé de qué manera obtener el conocimiento... ¿De dónde sacaré las preguntas?». Mientras que alfabetos daban respuestas del estilo: «Pues si alguien viene y me pregunta algo respecto a la agricultura, por ejemplo: ¿Cómo facilitar nuestro trabajo... o cómo hay que regar?», «pues, usted acaba de hablarme sobre los osos blancos. No comprendo de dónde salen, los osos blancos... Y también hablaba de América ¿allí reina nuestro poder u otro diferente?». Finalmente, en las tareas de identidad, los investigadores preguntaban cómo valoraban su propio carácter, en qué se diferenciaban de otras personas, qué rasgos positivos o negativos podían destacar. Los vecinos de aldeas apartadas, analfabetos, enfocaban las preguntas hacia los hechos concretos y materiales de su vida («yo estoy muy bien. Yo no tengo deficiencias, pero otros sí las tienen, las veo en seguida ¿Y yo? sólo tengo un vestido y dos batas», esas son todas mis deficiencias», «yo quiero ser buena y ahora soy mala, tengo poca ropa, no se puede andar así en una aldea desconocida», «soy bondadoso, incluso a un niño pequeño le digo usted, y hablo con él cortésmente»). Las personas que habían asistido a la escuela expresaban respuestas distintas: «si me preguntan cómo describiría mi carácter podría decir cuáles son mis buenas cualidades; y sobre mis cualidades negativas mejor que hablen mis compañeros», «no puedo hablar convincentemente, soy blando de carácter, no puedo tratar mal a la gente, y creo que eso está bien» (Luria, 1997).

### 3. El error de la geografía o la «geografía fuera de la psicología»

Al igual que existe una psicología despreocupada de la relación entre la conducta humana y el nicho o medio geográfico en que se desarrolla y se expresa (la «circunstancia» orteguiana con la que empezábamos el artículo), también hay una geografía desinteresada en las relaciones entre la psicología y la geografía. Evidentemente, la geografía física (climatología, geomorfología, hidrología o biogeografía, por citar algunos ejemplos) no necesita de la psicología. Sin embargo, la llamada geografía humana, comprometida con el estudio de las sociedades y de sus territorios, así como del ser humano y sus reacciones con su alrededor, puede beneficiarse de los hallazgos provenientes de disciplinas como la psicología, la antropología y la historia. Sin embargo, dicha geografía muestra un desinterés por el individuo, la historia y la psicología humana. Según lo cuenta Sauer (1942: 5): «la geografía humana, por tanto, a diferencia de la psicología y de la historia, es una ciencia que nada tiene que hacer con individuos, sino que se ocupa únicamente de instituciones humanas, o culturas. Puede ser definida como el problema de la *Standort* o localización de maneras de vivir».

Probablemente sea este suscitado desinterés por la historia, psicología o antropología de la geografía humana tradicional que distintos geógrafos han desarrollado aproximaciones comprometidas con alguna de estas disciplinas. Este es el ejemplo de la geografía histórica de Sauer según la cual una determinada área cultural, forma de vida, es una expresión histórica y geográfica. De modo que cada paisaje y territorio, como acumulación de experiencias prácticas, tiene su origen. Entonces, el geógrafo «no puede tratar la localización de

actividades sin conocer el funcionamiento de la cultura, los procesos de vida en comunidad del grupo, y solo puede hacer esto mediante la reconstrucción histórica» (Sauer, 1942: 6). A partir de aquí, el geógrafo histórico analiza archivos y bibliotecas, lee documentos en el terreno, compara los lugares y actividades del pasado con los del presente, analiza dónde se encuentran las viviendas y por dónde corrían las líneas de comunicación, dónde estaban los bosques y los campos, con el objetivo de obtener una imagen profunda del paisaje cultural del pasado tras los residuos y paisaje del presente. A mi opinión, sin embargo, sigue faltando el análisis de la vivencia o experiencia humana. Como ciencia positiva, la geografía histórica analiza documentos y evidencias más o menos objetivas, dejando de lado las experiencias y evidencias subjetivas.

#### **4. La geografía «dentro» de la psicología. La geografía humanística y la nueva geografía cultural**

Ello no sucede con otros enfoques en geografía cultural, uno de los ejemplos más claros quizá sea la «geografía humanística» o «geografía humanista». Podríamos resumirlo diciendo que la geografía humanística trata de incorporar los motivos y razones humanas (y con ello la subjetividad) en el ámbito de la geografía (Daniels, Bradshaw, Shaw & Sidaway, 2001). En este sentido, la «geosofía» de Wright, reivindicada por los geógrafos humanistas, se define como el estudio del conocimiento geográfico y supone utilizar, además del conocimiento de los geógrafos, las percepciones, experiencias y conocimientos de las personas que subyace a sus acciones y modos de vida (Wright, 1947). En realidad, la geografía humanística supone incorporar la fenomenología al ámbito de la geografía. La idea básica es que no hay mundo objetivo independientemente de la existencia y experiencia humana. Esta idea se observa con detalle en las obras de geógrafos como Yi-Fu Tuan o Anne Buttimer. Según el primero, hay unas conexiones emocionales entre los entornos físicos y geográficos y los seres humanos que los habitan, lo que se conoce como «topofilia» (Tuan, 1974). Además, el espacio y el tiempo, así como la mediación de la experiencia, son nociones codependientes ya que un espacio, siempre percibido por una persona, requiere de un movimiento de un lugar a otro y un lugar requiere de espacio para ser un lugar (Tuan, 1977). Por lo que hace al segundo autor, es conocido la utilización e incorporación del concepto «mundo de vida» («lifeworld») con el objetivo de combinar, en una única noción, el mundo de los hechos con la experiencia humana (Buttimer, 1976). En ambos casos, se considera que la cultura y la vida son procesos vinculados a la experiencia humana, de modo que la geografía debe tener en cuenta, explorar para describir, las razones y significados que subyacen a la acción y actividad humana en sus medios geográficos.

En realidad, se ha sugerido que dentro de lo que se podría llamar «geografía cultural» ha habido dos fases, a saber: una primera centrada en la documentación de la información histórica («geografía histórica») y una «nueva geografía cultural» centrada en la experiencia, la vida diaria y la aprehensión del paisaje (Luna García, 1999).

Evidentemente, el contexto contemporáneo de la geografía es más complejo y, en la actualidad, aparecen enfoques cercanos a ciertas tesis psicológicas como, dentro de la geografía postmoderna, la geografía de las emociones o la geografía y la psicoterapia (ver, por ejemplo, Davidson, Bondi & Smith, 2005; Smith, Davidson, Cameron & Bondi, 2009). A

pesar del «carácter» psicológico de dichas perspectivas en geografía, considero que padecen de cierto sesgo clínico al situarse próximos al psicoanálisis y a la psicoterapia, el caso de Liz Bondi es representativo al respecto, no a otros enfoques en psicología contemporánea como la llamada «psicología cultural» (Cole, 1999; Esteban, 2010; Ratner, 2006, 2008).

## II. PRINCIPIOS EXPLICATIVOS DE LA PSICOGEOGRAFÍA CULTURAL DEL DESARROLLO HUMANO (PCDH)

Tanto la teoría ecológica de Bronfenbrenner, la expedición de Luria —enmarcado en la teoría vygotskyana (Vygotski, 1978)— así como los aportes de la «nueva geografía cultural» ponen de manifiesto la necesidad de tener en cuenta las coordenadas espacio-temporales para comprender la experiencia psicológica. En psicología y antropología, la perspectiva que más ha desarrollado esta conexión es la llamada «psicología cultural» (Cole, 1999; Esteban, 2010; Kitayama y Cohen, 2007; Ratner, 2006, 2008). Sin embargo, no se ha considerado la geografía como área de conocimiento a ser integrada en el «matrimonio» entre la psicología y la antropología. Por eso, pienso que la psicología cultural, con el objetivo de ensanchar sus radios de acción, debe integrar la geografía. Precisamente, este es el objetivo de la «psicogeografía cultural del desarrollo humano».

Entiendo por «psicogeografía cultural del desarrollo humano» (PCDH) el estudio de las bases, orígenes, funciones y características geográficas de la arquitectura psicológica. Mientras que la psicología cultural supone una «mutua constitución» entre mente y cultura (Kitayama y Cohen, 2007), la PCDH enfatiza el carácter psicológico que tiene el «medio geográfico».

Por «medio geográfico» o «geografía vital y psicológica» (Esteban, 2010) se quiere decir la «circunstancia» de la que hablaba Ortega y Gasset, es decir, el entorno físico y cultural que envuelve y permite el desarrollo psicológico de las personas. Más concretamente, los espacios físicos como una montaña, un río o un valle; las instituciones sociales como los medios de comunicación, la escuela o la familia; los artefactos culturales como los ordenadores, las banderas o los libros; las relaciones interpersonales entre miembros de una misma familia, entre trabajadores o entre compañeros de clase y las actividades que uno o una realiza habitualmente. Estos cinco componentes constituyen el corazón de la «geografía vital y psicológica» (ver tabla 1). En realidad, se trata de componentes culturales entremezclados distribuidos y situados en un mismo espacio temporal. Un ejemplo de «geografía vital» sería el «Cañón del Sumidero», en Chiapas (México), o la «montaña de Montserrat», en Catalunya (España). Se trata de escenarios de vida, a la vez físicos y simbólicos, en los que se realizan determinadas prácticas, encarnando determinados conceptos culturales y disponiendo particulares artefactos culturales (tabla 1). La tesis es que estas ecologías geográficas y culturales son la base, el motor y el andamio de fenómenos psicológicos como la experiencia religiosa, que uno puede sentir en Montserrat, o el sentimiento de identidad chiapaneca, en el caso del Cañón del Sumidero.

El Cañón del Sumidero es una falla geológica que se levanta sobre el cauce del río Grijalva cerca de Tuxtla Gutiérrez (la capital del estado de Chiapas). Se considera una de las más espectaculares de América, iniciándose en Chiapa de Corzo hasta la desembocadura arti-

Tabla 1  
COMPONENTES DE CUALQUIER «GEOGRAFÍA VITAL»

Componente	Explicación	Ejemplos
Artefactos	Se trata de dispositivos (recursos) a la vez físicos y simbólicos históricamente acumulados y socialmente transmitidos que amplifican, regulan y controlan la conducta y actividad humana. Por artefactos se entiende objetos e ideas o creencias culturales -narraciones-.	Lancha para navegar en el Cañón del Sumidero, presa hidroeléctrica Manuel Moreno Torres, escudo de Chiapas, una cruz en el monasterio de Santa María de Montserrat, la Virgen de Montserrat, la leyenda del encuentro de la Virgen «la Moreneta», la creencia en Dios.
Relaciones sociales	Es el mecanismo a través del cual las personas crean, modifican y aprenden a utilizar determinados artefactos.	Las instrucciones del guía turístico en el Cañón del Sumidero en relación a la navegación, el diálogo entre los seminaristas en el monasterio de Montserrat
Ambiente físico-simbólico	Características naturales, teñidas culturalmente, de un territorio como una montaña, un río, la vegetación, así como las condiciones meteorológicas y variables socio-demográficas como la pobreza, alfabetización, el carácter rural frente a urbano.	El río Grijalva en el Cañón del Sumidero, la montaña de Montserrat.
Actividades (prácticas)	Actuaciones socialmente diseñadas (alimentación, trabajo, educación) a través de las cuales las personas sobreviven, adaptándose al medio a través de su interiorización y transformación.	Una visita turística en el Cañón del Sumidero, una celebración litúrgica en el monasterio de Montserrat.
Instituciones	Se trata de cualquier estructura de orden social que gobierna, a través de normas, roles, prácticas y modelos de conducta, la acción de las personas.	El gobierno del Estado de México en el Cañón del Sumidero a través de la presa hidroeléctrica, una campaña publicitaria de los medios de comunicación que difunden el Cañón como destino turístico, la iglesia católica en el monasterio de Montserrat.

ficial, la presa hidroeléctrica Manuel Moreno Torres, conocida como «Chicoasén». Cuenta la leyenda que en época de la colonización española, los valientes indígenas chiapanecos se revelaron contra los colonizadores y se negaron a pagar tributos hasta que se arrojaron por la parte más alta cayendo al río Grijalva. La relevancia de esta geografía es tal que incluso forma parte del Escudo de Chiapas, convirtiéndose en un elemento de identificación colectiva de los chiapanecos. Además y, desde el año 1980, es un parque nacional visitado por miles de turistas al año. La «geografía» del Cañón del Sumidero se convierte en «geografía vital» al estar psicológica y culturalmente mediada. Sirve como reclamo turístico, elemento identitario, así como proveedor de electricidad, gracias a la presa hidroeléctrica Manuel Moreno Torres. De modo que es un producto cultural que produce determinados fenómenos psicológicos como el orgullo hacia el Estado de Chiapas.

En el caso del monasterio de Santa María de Montserrat, se trata de un recinto benedictino que se encuentra en la montaña de Montserrat, perteneciente a la comarca del Bages (provincia de Barcelona, España). Se trata de un símbolo para Catalunya y se ha convertido en un punto de peregrinaje para creyentes y de visita obligada para los turistas. La orografía escarpada de la montaña se convierte en «geografía vital» al incrustar en el entorno significados, prácticas y artefactos particulares como determinadas leyendas populares. La más conocida es la de «la Moreneta». Cuenta la leyenda que la primera imagen de la Virgen de Montserrat la encontraron unos niños pastores en el 880. Tras ver una luz en la montaña, los niños encontraron la imagen en el interior de una cueva. La imagen que en la actualidad se venera, un auténtico artefacto, signo y tecnología religiosa, es una talla románica del siglo XII realizada en madera de álamo que representa a la Virgen con el niño sentado en su regazo y mide unos 95 centímetros de altura. En su mano derecha, la Virgen sostiene una esfera que simboliza el universo; el niño tiene la mano derecha levantada en señal de bendición mientras que en la mano izquierda sostiene una piña. La Virgen es de color negro y popularmente ha tomado el apelativo de «la Moreneta» («la Morenita»). El 11 de septiembre de 1884, el Papa León XIII declaró oficialmente a la Virgen de Montserrat como la patrona de Catalunya. No es difícil imaginar los sentimientos, experiencias y pensamientos que evoca esta particular geografía vital. Por un lado, al igual que pasaba con el Cañón del Sumidero, es un símbolo nacional, en este caso de Catalunya. Por otro lado, ejerce la función comercial de atraer, también como el Cañón del Sumidero, turismo. Finalmente, es un punto de encuentro para feligreses, realizando misas y eventos que ensalzan creencias religiosas.

Los ejemplos brevemente descritos ilustran la geografía en tanto que actividad psicológica y cultural. Precisamente, como ha reivindicado Scribner, el gran mérito de Vygotski fue «humanizar» el mundo, es decir, dar contenido social, carácter psicológico a lo que nos rodea. «El don especial de Vygotski fue el de poder captar el significado de lo social tanto en las cosas como en la gente. El mundo en que vivimos esta humanizado, repleto de objetos materiales y simbólicos (signos, sistemas de conocimientos) que están contruidos culturalmente, de origen histórico, y de contenido social. Ya que todas las acciones humanas, incluyendo los actos de pensar, implican la mediación de tales objetos («herramientas y signos»), son, solo por esto, de una esencia social» (Scribner, 1990: 92). Del mismo modo la «geografía», históricamente moldeada, en tanto que territorio escenario de la actividad humana, es un espacio cultural, repleto de significados, artefactos, actividades. Es, por tanto, «geografía

vital». La cultura como «geografía vital» es, ante todo, «psicología externa», que ofrece a las personas modelos, simbolizando reglas, mitos y valores de un determinado grupo cultural.

Por tanto, el origen del fenómeno psicológico no se encuentra en los genes o en los cerebros, su necesaria base anatómica, ni tan siquiera en el individuo, la parte subjetiva de la cultura, sino en el medio geográfico —circunstancia— a través del cual se adquieren importantes herramientas psicológicas como el lenguaje, la identidad o la lectoescritura. Al igual que sostiene la geografía cultural, en general, o la geografía histórica, en particular, los procesos culturales se convierten en la base de la observación para entender la conducta y actividad humana. En este caso, se concibe el ser humano como un producto en desarrollo resultado de la mediación cultural (Vygotski, 1978).

Con el objetivo de precisar las consideraciones anteriormente introducidas propongo tres principios teóricos que permiten encuadrar el marco conceptual de la PCDH: 1) el carácter psicológico de la geografía física y humana (el concepto de «paisaje psicológico»); 2) La mediación y distribución geográfica del desarrollo humano (la noción de «territorio psicológico») y 3) La intersección de niveles geográficos como definición del fenómeno psicológico (la «cartografía psicológica»).

### **1. El carácter psicológico de la geografía física y humana: la noción de «paisaje psicológico»**

No existe geografía o, cualquier medio natural, sin la mediación cultural realizada a través de instrumentos o artefactos como el lenguaje, el sentido o la experiencia previa. Es decir, lo que nos parece ser algo natural siempre es algo cultural y psicológico ya que está bajo el amparo de la comprensión y conceptualización humana. Eso es lo que llamo «paisaje psicológico»: la vivencia o experiencia de un determinado entorno inmediato.

Desde el punto de vista de la geografía, el «paisaje», espacio con características morfológicas y funcionales similares en función de una escala (tamaño) y localización (posición del volumen del paisaje respecto a un sistema de referencia), es el objeto de estudio primordial ya que es el documento geográfico básico a partir del cual se hace la geografía o estudio de la tierra. En general se entiende por paisaje cualquier área de la superficie terrestre producto de diferentes factores presentes en ella y que se refleja visualmente en el espacio. El paisaje geográfico se define por sus formas: naturales o antrópicas. Siendo todo paisaje producto de elementos que se articulan entre sí: elementos abióticos (elementos no vivos), bióticos (resultado de la actividad de los seres vivos) y antrópicos (resultado de la actividad humana) (Valencia, 1987).

En el clásico texto de Carl O. Sauer, titulado «La morfología del paisaje», el autor busca fundamentar la geografía, como ciencia positiva, a partir del análisis del significado y variedad de la escena terrestre. Entendiendo que «el término paisaje es propuesto para designar el concepto unitario de la geografía, para caracterizar la asociación de hechos peculiarmente geográfica», pudiendo ser definido «como un área compuesta por una asociación distintiva de formas, tanto físicas como culturales» (Sauer, 1925: 23). En este sentido, el autor distingue entre el paisaje natural (una determinada área física que dispone de distintos recursos naturales) y el paisaje cultural (las formas que toman el uso del paisaje natural derivadas de la actividad humana). La cultura es considerada por el autor como una expresión geográfica ya que es el resultado de las formas que constituyen parte de la morfología geográfica. El

autor acaba concluyendo: «Este contacto del hombre con su hogar cambiante, tal como se expresa a través del paisaje cultural, es nuestro campo de trabajo. Nos interesamos en la importancia del lugar para el hombre, y también en su transformación de ese lugar. Nos ocupamos a un mismo tiempo con la interrelación entre grupo, o cultural, y lugar, tal como se expresa en los diversos paisajes del mundo» (Sauer, 1925: 52).

Sin embargo, como ya se ha sugerido anteriormente, a Sauer le interesaban los aspectos objetivos, empíricos, de la actividad humana. En este sentido, el paisaje que se observa como resultado de la manipulación del hombre a partir del paisaje natural (la base climática, la base geognóstica, formas de vegetación, etc.). Esta noción de paisaje excluye la vivencia de los participantes, es decir, la perspectiva de aquellos que observan y participan en el paisaje. Precisamente, el elemento reivindicado por los geógrafos humanistas y aquí sintetizada con la noción de «paisaje psicológico». Efectivamente, según la tradición fenomenológica, no hay objeto observado fuera del observador, de modo que no hay paisaje natural y cultural sin psicología (percepciones, emociones, sentimientos, recuerdos, pensamientos asociados a un área particular). Retomando el concepto de «topofilia» (Tuan, 1974), hay una relación inexorable entre el medio físico y geográfico y la experiencia psicológica y cultural.

En el *Handbook of Cultural Geography*, editado por Anderson, Domosh, Pile y Thrift, (2003), se reúnen tres trabajos alrededor de la noción de «paisaje». Se trata de tres perspectivas que enfatizan: el trabajo como elemento subyacente a cualquier paisaje desde una perspectiva marxista (Mitchell), las conexiones del paisaje con la mirada y el sentido de la visión (Cosgrove) y el paisaje como algo encarnado, vivido y practicado (Cresswell). Según el primer autor, «el paisaje es la concreción y reificación de las relaciones sociales que intervienen en su elaboración. Se trata de la forma fenoménica de los procesos sociales y las prácticas de producción, consumo e intercambio» (Mitchell, 2003: 240). El segundo autor considera que «si la geografía es la disciplina que examina las relaciones entre los modos de ocupación humana y los espacios naturales construidos y apropiados por el hombre, el concepto de paisaje sirve para prestar atención a los aspectos visuales y visibles de estas relaciones» (Cosgrove, 2003: 249). Finalmente, según el tercer autor, «el paisaje como material cultural está implicado en el proceso de reproducción social que conlleva la interconexión entre la materialidad, la consciencia, la acción y el pensamiento» (Cresswell, 2003: 278). Específicamente, Cresswell enfatiza los aspectos más dinámicos y asociados a la práctica que configuran determinados paisajes. En este sentido, Thrift (2007) ha liderado la teoría no representacional («non-representational theory») según la cual más que estudiar la representación de las relaciones sociales es necesario centrarse en las prácticas, cómo se ejecutan las formaciones humanas y no humanas. Es decir, según la tesis del «paisaje como representación» (cómo las cosas son representadas), el paisaje se enraza en historias vividas y experiencias locales, sin embargo dicha concepción requiere ser combinada, según los teóricos no representacionales (el mismo Thrift, Batterbury, Rose, Scott, entre otros), con análisis alrededor de las dinámicas de los medios de subsistencia y el día a día, prácticas mundanas, experiencias rutinarias o formas de vida de los actores sociales.

En realidad, uno de los aspectos que parece estar presente en los tres capítulos, anteriormente citados, así como en otras propuestas contemporáneas (Neumann, 2011; Nogué y Vicente, 2001; Olwig & Mitchell, 2009), es la dimensión política asociada al paisaje. Precisamente Neumann (2011), recientemente, propone incorporar la teoría humanística en

geografía dentro de la ecología política. Bajo esta perspectiva se entiende que el paisaje «no es una representación estática del poder sino una aplicación y expresión del poder que tiene consecuencias materiales importantes sobre las formas de vida de las personas, incluyendo donde y cómo se manejan los recursos individuales y colectivos de subsistencia, y, por lo tanto, sometidos a representaciones que compiten y se impugnan» (Neumann, 2011: 6).

Otra manera de analizar la dimensión política del paisaje es vincularlo con una determinada identidad territorial y/o nacional. Como ha expresado Nogué (2005), el paisaje es un concepto impregnado de connotaciones culturales, pudiendo ser descrito como un código de símbolos dinámicos que, a través de sus huellas, nos habla de su pasado, su presente e incluso su porvenir. En realidad, el autor lo define como un «escenario natural mediado por la cultura» (Nogué, 2005: 20) y, podríamos añadir, la psicología de aquellos que participan en ella. Bajo esta perspectiva, el paisaje es el resultado de una transformación colectiva de la natura, la proyección cultural de una sociedad (Nogué, 2005) pero también es una transformación individual vinculada a la particular relación psicológica entre un individuo y el medio. En este sentido, un mismo paisaje natural y cultural puede ser interpretado, vivido, de muy distintas maneras en función de la trayectoria personal (experiencias previas), disposición cognitiva y afectiva, así como interés y motivación. El mismo Nogué habla de la relación entre identidad y paisaje concibiendo la identidad como un producto colectivo y cultural (Nogué, 2005; Nogué y Vicente, 2001). Sin negar dicha aproximación, parece necesario también reivindicar, a través de la noción de «paisaje psicológico», una relación entre la identidad personal de un determinado individuo y el paisaje tal cual es proyectado, asumido e interpretado —apropiado— por él. Este paisaje, también cultural, puede coincidir con el paisaje colectivo del que habla Nogué, pero puede también diferir. Por ejemplo, el paisaje de Montserrat puede estar asociado a la identidad catalana o religiosa, pero también a experiencias psicológicas más particulares como el recuerdo de una boda, una excursión realizada con los amigos, o un día con la pareja.

En este sentido podemos considerar que de una noción física del paisaje propia de la geografía clásica se ha ido pasando, con la emergencia de la geografía cultural y social, a una noción cultural e incluso podríamos decir que actualmente se está enfatizando su dimensión política, lo que complementaría el carácter psicológico del paisaje que he intentado justificar. Es decir, si el paisaje, al igual que el territorio, está anclado en identidades territoriales (Nogué, 1999), nacionales (Ortega, 2002) y personales (Esteban, Nadal, Vila y Rostan, 2008), su diseño y/o destrucción acaba repercutiendo sobre la experiencia y actividad humana. Wilbrand y Nogué (2010), por ejemplo, han analizado las transformaciones en los paisajes mediterráneos europeos, mostrando su impacto en la identidad territorial de las sociedades y grupos humanos locales. En concreto, analizan las relaciones entre paisaje, territorio y sociedad civil en Cataluña mostrando que el paisaje puede ser interpretado como un elemento unificador de conflictos de carácter territorial y ambiental en la sociedad catalana.

Por lo tanto, lo que la PCDH aporta a la noción tradicional y geográfica de «paisaje» es su énfasis en la mediación y valor psicológico. Es decir, no hay paisaje sin psicología y por eso me parece apropiado hablar de «paisaje psicológico». De nuevo, sin un observador, sin una cultura y una psicología detrás, no existe geografía ni paisaje alguno. Al menos lo que existe no es geografía o paisaje, objetos conceptualizados, sino que es mera materia, cosas o elementos. Una montaña, por ejemplo la Montaña de Montserrat, anteriormente mencio-

nada, está llena de sentidos y significados psicológicos y culturales, en este caso místicos y religiosos. Si bien es verdad que la geografía contemporánea, con algunos de los autores que hemos anteriormente citado, reconoce el carácter culturalmente mediado del paisaje, se ha infravalorado, a nuestro juicio, la dimensión exclusivamente psicológica o personal. Es decir, la variabilidad idiosincrática en relación a un determinado paisaje o el hecho que un paisaje además de ser objetivo e intersubjetivo es subjetivo y personal —hay una apropiación individual del paisaje. Esto no quiere decir que deba reducirse la geografía a mera psicología individual. Al contrario, la psicología cultural sostiene que es imposible separar la conducta humana de su nicho vital de modo que no es que las personas vivan en culturas o grupos sociales distintos, sino que las personas viven culturalmente. Esto conlleva decir que la subjetividad humana solamente se concibe vinculada a determinados contextos y prácticas de actividad, lo que llamo «geografía vital» o «geografía psicológica».

Siguiendo esta línea de pensamiento podríamos decir que el «paisaje psicológico» no es solamente recuerdos, pensamientos, emociones, vividas por una determinada persona y asociadas a un sitio físico, natural, sino que en él también hay productos culturales: artefactos, instituciones, relaciones humanas, actividades y prácticas. Es por eso que puede vincularse un determinado medio ambiente a la identidad de las personas, siendo ésta un producto del primero (Esteban, Nadal, Vila y Rostan, 2008). O que el paisaje de Castilla puede tener un carácter nacional. En este sentido, Ortega (2009) ha analizado la importancia simbólica de Castilla, entre los años 1876 y 1936, al convertirse en paisaje nacional a través de un proceso empezado por la Institución Libre de Enseñanza y mantenida por varios escritores y pintores —la generación del 98—. La mediación psicológica y cultural del paisaje castellano lo convirtió en un símbolo nacional asociado al ideario liberal y reformista de la Institución Libre de Enseñanza. De igual modo, la Sierra de Guadarrama se convirtió, entre los años 1876 y 1936, en un importante destino para excursionistas revalorizado a través de educadores como Francisco Giner de los Ríos, Ignacio Bolívar o Salvador Calderón. Destino que, auspiciado por alemanes, se convirtió rápidamente en un lugar adecuado para la práctica del esquí y el alpinismo (Molla, 2009). De nuevo, el paisaje, algo natural, deviene psicológico y cultural, algo artificial, por lo tanto deviene «paisaje psicológico» asociado a contenidos, valores, prácticas de un determinado grupo humano. Permítanme que de otro ejemplo de naturaleza distinta.

En Chiapas conviven distintos grupos etnolingüísticos de procedencia indígena Maya y Zoque. Dentro de los primeros uno de los más importantes es el tzotzil. En tzotzil no existe ninguna palabra para referirse al tronco o las ramas de un árbol. En lugar de estas palabras, caseras en otras lenguas como el español, ellos y ellas utilizan el concepto de cuerpo y de brazos. Es decir, bajo su cosmovisión no existe ninguna diferencia entre las plantas y los hombres y mujeres, siendo todos ellos y ellas partes de la naturaleza. Por tanto, si un hombre y mujer tiene cuerpo y brazos, un árbol, planta o flor también tiene cuerpo y brazos. En cambio para nosotros, es decir la cultura occidental, una planta, flor y árbol es un objeto o cosa susceptible de conceptualizarse de distinta manera: utilizando el concepto de tronco y ramas, por ejemplo. Aquí se hace evidente, nuevamente, el carácter psicológico, vital, de todo objeto paisajístico, geográfico o natural.

En definitiva, sostengo que la geografía física y humana (ya sea una montaña o una ciudad) tiene un profundo carácter psicológico ya que esta asociada a valores, ideas, recuerdos,

actividades o ideologías. De modo que el «paisaje natural y cultural» es también «paisaje psicológico» ya que se encuentra bajo la mirada —vivencia y condiciones de vida— de personas que conceptualizan, se relacionan y experimentan aquello que está en su alrededor.

## **2. La mediación y distribución geográfica del desarrollo humano: la noción de «territorio psicológico»**

El concepto de «territorio», al igual que el de «paisaje», también tiene una importante y larga tradición en geografía. Desde la tradición física, se entiende por «territorio» un sinónimo de superficie terrestre o relieve, representando una conjunción de la litosfera, la atmósfera y la hidrosfera (Valencia, 1987). También puede entenderse que el «territorio» es sinónimo de «medio natural» —tal como propone la tradición ecológica— (Molles, 2006). Incluso puede ser visto como sinónimo de paisaje natural o cultural y de sistema socioecológico, incluyendo la organización económica, política, física (Crojethovich y Rescia, 2006). Nogué, anteriormente citado, considera que los seres humanos crean espacios, determinadas zonas o áreas repletas de usos y significados. En realidad, el territorio, según el autor, proporciona el medio principal a través del cual las personas dan sentido al mundo y actúan en él. De modo que cuando se crean sitios (cuando se incorporan prácticas, usos y significados al territorio natural), se crean también identidades (Nogué, 2005; Nogué y Vicente, 2001). También para la geografía posmoderna, el territorio conlleva la creación de escenarios y espacios de conflicto o convivencia social, siendo la reestructuración socioespacial, del territorio y las relaciones de poder que existen en él, uno de sus objetivos de análisis (Soja, 1989). Más específicamente, Soja considera que el espacio (lo que aquí podríamos llamar territorio) nunca está vacío, es decir, siempre es un fruto o entidad construida social y culturalmente. En realidad, el territorio forma parte de una cultura general que se forma y transforma, acepta y niega. Es en este sentido que debe entenderse su concepto de «espacio vivido» o «Thirdspace» («lived space») (Soja, 1996). Contrariamente a la división moderna: el espacio concebido (ideal o mentalmente representado) y el percibido (formas empíricas del espacio que pueden ser representadas a través de mapas), Soja define la especialidad como «espacio socialmente producido», es decir, el territorio sería un espacio imaginado resultado de prácticas sociales que encarnan experiencias y realizaciones vitales. Según esta perspectiva, el espacio vivenciado o experimentado (vivido) se sobrepone al espacio físico a través de la incrustación de símbolos y signos, normalmente no verbales, que deben ser deconstruidos para captar sus usos e interpretaciones. El territorio pasa a considerarse, entonces, como algo simultáneamente material (físico) e ideal (representacional) que puede ser utilizado y apropiado de distinta manera por diferentes personas. Un niño que juega a pelota en la calle, una pareja que pasea y un taxista que lleva a un pasajero experimentan («viven») un mismo territorio de muy distinta forma.

Tomando como punto de partida la teoría del espacio de Soja, entiendo por «territorio psicológico» el contexto espacio-temporal, físico y mental, que envuelve el desarrollo psicológico de las personas: desde el sitio «más cercano», como la escuela para un niño, hasta el «más remoto», el sistema político y económico de un determinado país. Es decir, mientras que la noción de «paisaje psicológico» comprende la extensión de terreno o geografía vital que se ve desde un determinado sitio, por ejemplo una escuela rodeada por flores bajo una

montaña enorme que me recuerda mi infancia; el concepto de «territorio psicológico» es más amplio e intersubjetivo ya que incluye también lo que no se ve. Es decir, lo que está más allá del paisaje que se observa. En este sentido, el «territorio psicológico» son todas las circunstancias o condiciones físicas, biológicas, históricas, sociales, culturales que intervienen en el funcionamiento y desarrollo de las personas y sus «paisajes psicológicos». Aquí consideraríamos la historia de la escuela, el modelo económico y político del país que determina el currículo del centro o la comunidad donde se inserta esta escuela. En definitiva, el concepto de «territorio psicológico» está compuesto por distintos «paisajes psicológicos». Siendo el territorio el medio a través del cual se produce el desarrollo de las personas. Sin embargo, a diferencia de la noción de «espacio vivido» de Soja (1996), el territorio psicológico incluye las prácticas sociales, así como el mundo material inmediato de la experiencia y la realización, pero también aquello que el participante no percibe, ve ni se da cuenta, pero que acaba configurando sus escenarios de vida y, en consecuencia, ordenando su paisaje psicológico o vivencia del medio.

Precisar el concepto de «territorio psicológico», así como la mediación y distribución geográfica del desarrollo humano, me obliga a examinar las raíces intelectuales de dichas ideas, básicamente el trabajo de Vygotski y aportes de la psicología crosscultural contemporánea (Greenfield, Keller).

En psicología quizá sea Vygotski el autor que mejor permite enlazar la psicología con la cultura y la geografía, es decir, la persona con su entorno físico, social, histórico y cultural. Pienso que uno de los principales méritos de su teoría es dotar el espacio físico y cultural de carácter psicológico. En realidad, el origen de cualquier fenómeno psicológico superior como la atención intencional (utilizar una lupa para ver mejor un objeto), la memoria deliberada (escribir el aniversario de un amigo para poderlo recordar mejor) o el pensamiento verbal y simbólico (utilizar el lenguaje para resolver problemas y controlar la conducta) es sociocultural, doblemente sociocultural. Por un lado, el desarrollo psicológico es el producto de la apropiación de artefactos culturales como el lenguaje, la lectoescritura, los mapas, las calculadoras o los ordenadores. En este sentido, la psicología no se halla dentro de una persona, sino que está distribuida entre los recursos, artefactos o amplificadores culturales que esta persona utiliza (Salomon, 1993); habiendo una «tensión irreductible» (Wertsch, 1998) entre la agencia humana, la individualidad, y los artefactos culturales (signos y símbolos como el lenguaje, las matemáticas, los ordenadores) que se utilizan. Instrumentos que acaban mediando la actividad humana, es decir, regulando la conducta de las personas. Por ejemplo, mientras que los animales no humanos se despiertan según su reloj biológico nosotros nos levantamos según un artefacto cultural, un despertador o reloj cultural. De igual modo, cruzamos una calle con la ayuda de un semáforo, recordamos palabras gracias a una libreta o un ordenador, sostenemos un determinado sentimiento nacional con una bandera, un himno o un monumento conmemorativo. Todos estos artefactos o recursos son «instrumentos psicológicos» (Kozulin, 1998), «fondos de conocimiento» (González, Moll y Amanti, 2005) que se hallan desparrramados entre el individuo y su medio. Más concretamente, primero se encuentran fuera del individuo, en la sociedad o cultura, para después formar parte del repertorio conductual del individuo. Según lo expresaba Vygotski (1978: 163): «Cualquier función en el desarrollo cultural del niño aparece dos veces, o en dos planos distintos. En primer lugar, aparece en el plano social y después en el plano psicológico. Primero aparece entre personas

como categoría interpsicológica, y después aparece en el niño o niña como categoría intrapsicológica. Esto es igualmente cierto para la atención voluntaria, la memoria lógica, la formación de conceptos y el desarrollo de la volición. Podemos considerar esta argumentación como una ley en el sentido estricto del término (...) Las relaciones sociales o relaciones entre las personas subyacen genéticamente a todas las funciones superiores».

Es decir, el desarrollo humano se basa en la relación social. Una relación que facilita los instrumentos o artefactos que moldean nuestra percepción, motivación, emoción o inteligencia. Dicho con otras palabras, necesitamos personas que nos enseñen el funcionamiento de estos artefactos o recursos. Por eso digo que la naturaleza y origen de la psicología es doblemente sociocultural. En primer lugar porque está distribuida y porque, de hecho, mente y cultura son caras de una misma moneda. En segundo lugar, porque necesitamos la ayuda y andamiaje de otras personas para apropiarnos de los instrumentos, artefactos o recursos de nuestro alrededor. Lo que Vygotski (1978) llamaba «zona de desarrollo próximo». Un padre que sabe hablar enseña a su hijo a hacerlo, un compañero experto en el manejo de un programa informático enseña a otro como manejarlo y un profesor de autoescuela muestra a un aprendiz como conducir un vehículo. Las relaciones sociales e interpersonales son el instrumento que permite conectar las personas con sus medios geográficos y culturales, mostrando las características de estos, y facilitando su incorporación.

Según Bronfenbrenner los «procesos proximales» son el motor del desarrollo humano, aquello que permite actualizar el material genético y en definitiva subyace a cualquier aprendizaje. «Especialmente en las primeras fases, y a lo largo de todo el ciclo vital, el desarrollo humano se produce a través de procesos de interacción recíproca, progresivamente más complejos, entre un organismo humano biopsicológico activo y las personas, objetos y símbolos de su ambiente inmediato. Para ser efectiva, esta interacción debe ocurrir frecuentemente en distintos periodos de tiempo. Estas formas de interacción con el ambiente inmediato son los procesos proximales. Ejemplos de ellos se encuentran en actividades entre personas adultas y niños/as, actividades entre niños y niñas, juego solitario o en grupo, lectura, aprender nuevas habilidades, resolver problemas, hacer tareas complejas y adquirir nuevo conocimiento» (Bronfenbrenner y Ceci, 1994: 572).

Precisamente la noción de «territorio psicológico» abarca la amplitud y radio de acción de las personas en su relación con sus medios o geografías vitales y psicológicas. Aspecto que se puede ilustrar con trabajos de dos psicólogas culturales.

Según Greenfield (2009) y Keller (2007) la transformación de las ecologías sociodemográficas altera los valores culturales, los ambientes de aprendizaje y, en consecuencia, el desarrollo psicológico de las personas. En particular, las autoras proponen la existencia de dos patrones sociodemográficos. Por un lado, ecologías (comunidades) rurales, pequeñas, con baja división del trabajo, con poca tecnología, poco contacto con otras sociedades, homogeneidad interna, educación solamente en los hogares, pobres y con economías de subsistencia. Por otro lado, ecologías (sociedades) urbanas, grandes, ricas, con diferenciación de roles económicos, alta tecnología, educación en las escuelas, heterogeneidad interna, contacto regular con el mundo y una economía basada en el comercio y la acumulación de bienes (Greenfield, 2009). Mientras que el primer modelo sociodemográfico —lo que podríamos considerar «territorio psicológico»— fomenta valores colectivistas (enfaticar la interdependencia entre los miembros de la comunidad), el segundo propicia el individua-

lismo (enfaticando la independencia y autonomía de las personas). Valores que afectan la socialización familiar, es decir, las relaciones entre padres/madres y sus hijos/as: más contacto corporal, menos cara-a-cara, más estimulación social y menos estimulación con objetos en relación al primer modelo sociodemográfico; y más contacto cara-a-cara, menos contacto corporal, menos estimulación social y más estimulación con objetos por parte del segundo modelo sociodemográfico (Keller, 2007). Lo que se traduce en distintos patrones de desarrollo humano. Por un lado, el entorno colectivista propicia una temprana autorregulación de los niños y niñas, que son más obedientes en comparación con entornos individualistas, que propician un más temprano autoreconocimiento, mostrando menos competencia en la autorregulación de niños y niñas, es decir, seguir instrucciones, obedecer a otras personas, así como respetar a los adultos (Keller, 2007). Más que los detalles de las consideraciones de Greenfield y Keller, así como más allá de los problemas teóricos y empíricos que dicho modelo presenta, lo que me interesa resaltar es el vínculo que hacen entre la geografía, el «territorio psicológico», y la psicología, el desarrollo psicológico de las criaturas.

El modelo, sin embargo, no considera un aspecto que Ratner (2012) ha enfatizado recientemente y la geografía política, postmoderna, así como la ecología política también. Se trata de que el espacio o territorio psicológico siempre se encuentra bajo el dominio de un determinado grupo social frente a otros. De modo que hay un elemento político en la geografía vital y psicológica, en general, y el territorio psicológico en particular. Ello tiene consecuencias en fenómenos psicológicos como la identidad. Es decir, una geografía vital y psicológica como el capitalismo fomenta y construye un determinado tipo de identidad basada en el consumo, la satisfacción inmediata de necesidades, el egocentrismo y superficialidad o la competitividad e individualismo. De igual modo, otra geografía vital y psicológica, en este caso un modelo educativo intercultural, fomenta identidades inclusivas, múltiples, étnicas, colectivistas (Esteban, Nadal, Vila y Rostan, 2008). En este sentido, la PCDH establece que al igual que se habla de «ordenación del territorio» en geografía, podemos hablar de «ordenación psicológica». Aquí ordenar la psicología quiere decir regular la expresión, utilización, formación de distintas experiencias psicológicas: distintas identidades, distintas experiencias emocionales e incluso distintas enfermedades mentales. Lo que nos lleva a considerar la existencia de distintos niveles de ordenación o de existencia geográfico-psicológica.

Cabe aclarar que la noción de «geografía vital y psicológica» puede considerarse sinónima del concepto de «territorio psicológico». Es decir, ambos entienden el medio a partir de considerar cinco atributos: 1) la geografía física, mediada psicológica y culturalmente, como hemos visto, 2) las instituciones sociales, 3) los artefactos (desde una calculadora a una determinada ideología política o religiosa), 4) las relaciones sociales y 5) las actividades (ver tabla 1).

### **3. La intersección de niveles geográficos como definición del fenómeno psicológico: la noción de «cartografía psicológica»**

En geografía la noción de «ordenación territorial» también se puede referir al sistema socioecológico con el que se estudian los diversos subterritorios que lo conforman: comarcas, municipios, sistema urbano; así como las relaciones y flujos horizontales que los unen con el fin de lograr un desarrollo socioeconómico equilibrado y equitativo entre éstos. Lo

que podríamos vincular con la «cartografía», es decir, la parte de la geografía que se ocupa de estudiar y elaborar mapas geográficos, territoriales, con sus distintas demarcaciones y subterritorios. En este sentido, distintos mapas geográficos constituyen el fenómeno de la geografía.

El mismo razonamiento podemos trasladarlo a la psicogeografía que estoy proponiendo. La «ordenación psicológica» puede comprender el análisis de los distintos niveles de geografía vital-psicológica existentes en un determinado país. Por ejemplo, la pareja, la familia, la escuela, la comunidad y finalmente el país («niveles geográficos»). Cada uno de estos espacios geopsicológicos tiene su paisaje y su territorio, representando el resultado de todos la cartografía psicológica de una nación, territorio o país. Los mapas psicológicos (derivados de la «cartografía psicológica») definen: 1) la estructura geográfica y social (clima, población, medio urbano o rural, etc.), 2) las instituciones sociales (una familia, una escuela, un lugar de trabajo), 3) los artefactos psicológicos y culturales (una bandera, un libro, una creencia), las actividades (rezar, competir, comprar) y 4) las relaciones interpersonales (entre madre e hijo, vendedor y comprador) de un determinado objeto de estudio. Por ejemplo, imaginemos que queremos estudiar la construcción de la identidad de un adolescente de Chiapas. Para ello, según la «cartografía psicológica», deberemos abordar un examen de la estructura geográfica y social de la comunidad donde vive el sujeto en cuestión; determinar el tipo de influencia que están ejerciendo determinadas instituciones sociales (la familia, la escuela, el grupo de iguales, la religión, los medios de comunicación, la política, la economía), los artefactos que utiliza (creencias, instrumentos) las actividades que realiza, así como las relaciones interpersonales que establece. La intersección de los distintos niveles psicogeográficos nos permitirá delimitar y comprender el objeto de estudio, en el caso imaginado la identidad del adolescente de Chiapas. El conjunto total de documentos territoriales y psicológicos referidos al estudio de la identidad de esta persona será producto de una cartografía psicológica llevada a cabo con distintas técnicas metodológicas como entrevistas en profundidad, etnografía y notas de campo. En definitiva, la psicología de cualquier persona o grupo humano es resultado de la intersección de niveles psicogeográficos como la familia, la comunidad o el Estado. Niveles que deben ser cartografiados, examinando los componentes del territorio psicológico y la geografía psicológico-vital: 1) medio natural o sociodemografía, 2) instituciones sociales, 3) artefactos, 4) actividades y 5) relaciones interpersonales.

### III. CONCLUSIONES

La psicogeografía cultural del desarrollo humano (PCDH) es un intento de vincular tres disciplinas de conocimiento distintas, a saber: la psicología, la antropología y la geografía. La psicología cultural ha sido, en ciencias humanas y sociales, un avance teórico y metodológico ya que ha permitido integrar conceptos y recursos metodológicos provenientes de la psicología y la antropología (Esteban, 2010). Sin embargo, no es suficiente ya que supone un enfoque parcial a la compleja realidad humana. En este sentido, la PCDH propone la necesidad de reconocer e integrar aportes teóricos inspirados en la geografía, ciencia dedicada a la descripción y estudio de la Tierra. Más concretamente he propuesto cuatro conceptos y tres principios. Los conceptos son: «geografía vital-psicológica», «paisaje psicológico», «territorio psicológico», «cartografía psicológica». Los principios son: 1) el carácter psicológico

de la geografía física y humana, 2) la mediación y distribución geográfica del desarrollo humano y 3) la intersección de niveles geográficos como definición del fenómeno psicológico. A continuación, con el objetivo de resumir parte de las consideraciones realizadas, paso a definir dichos principios y conceptos.

La «geografía vital y psicológica» es el medio o circunstancia que origina nuestro desarrollo psicológico. Dicho con otras palabras, es el ambiente al que debemos adaptarnos e incorporarnos y, por lo tanto, configura ciertos rasgos psicológicos necesarios para ser exitoso en dicho contexto. El concepto incluye los niveles micro y macro-culturales (Bronfenbrenner, 1987; Ratner, 2012). Micro serían los entornos inmediatos donde se dan los «procesos proximales» (Bronfenbrenner y Ceci, 1994), es decir, los procesos de interacción, progresivamente más complejos, entre un organismo biopsicosocial activo y aquello que lo envuelve: personas, objetos, símbolos. Procesos que están diseñados, insertados, en determinadas coordenadas espacio-temporales, lo que comprendería el nivel macro, es decir, el momento histórico, el sistema político y económico, los medios de comunicación, determinadas ideologías. En realidad propongo cinco elementos que integran toda «geografía vital y psicológica», a saber: 1) el ambiente o geografía física como una montaña, el mar o una puesta de sol; 2) instituciones sociales como la Iglesia católica, una escuela o la familia; 3) artefactos, a la vez físicos y simbólicos, como una cruz, una bandera o un libro; 4) actividades como rezar, aprender a leer o animar un equipo de fútbol y 5) relaciones sociales (ver tabla 1). El concepto de «geografía vital y psicológica» es un modo de definir y entender qué es la cultura, su contenido y su forma. Pensamos que la inclusión del nivel geográfico, con su dimensión física pero también psicológica y cultural, permite materializar, concretizar, encarnar la cultura en espacios, físicos y artificiales, reales. Mientras que algunas perspectivas han reducido la cultura a ciertos signos y símbolos, el concepto de «geografía vital y psicológica» es más amplio ya que reconoce estos signos y símbolos en espacios naturales, así como el efecto psicológico de estos espacios naturales. Una puesta de sol, un día de frío, un campo de girasoles pueden tener un impacto sobre nuestra psicología: pueden recordarnos algo, hacernos sentir bien, experimentar tristeza, alegría o melancolía. En otras palabras, hay una conexión entre la geografía y la psicología reconocida a lo largo de la historia de la geografía como, por ejemplo, a través del concepto de «topofilia» (Tuan, 1974). Es más, la geografía, en su intersección como espacio natural, psicológico y cultural, es el origen de toda expresión y fenómeno psicológico, al igual que el «mar» es el nicho vital de los peces.

Dentro cualquier «geografía vital y psicológica», operativizada según el análisis particular de los cinco elementos propuestos (espacio natural, instituciones, artefactos, actividades, relaciones sociales), uno se sitúa y visualiza determinados rasgos o características, lo que llamo «paisaje psicológico». Es decir, aquello que uno percibe y experimenta en relación a un determinado lugar es su «paisaje psicológico». Por lo tanto se trata de un concepto fenomenológico en el sentido que supone una determinada «vivencia» del medio. Por ejemplo, puedo ver una escuela rural, una institución cultural en medio de un medio natural, y venirme a la memoria mis años de primaria. Esto constituye un «paisaje psicológico» que compagina cierta experiencia perceptiva, aquello que mis ojos observan, con cierta vivencia psicológica, en este caso un recuerdo.

Este «paisaje psicológico» o, vivencia y experiencia de un entorno inmediato, se encuentra situado en un determinado «territorio psicológico». El «territorio psicológico» es algo

objetivo, más bien intersubjetivo (producto de la negociación y luchas de poder entre las personas), y requiere el análisis de los elementos implicados en el «paisaje psicológico». Como ya he dicho anteriormente es sinónimo de «geografía vital y psicológica» ya que ambos conceptos atañen a los medios geográficos, instituciones sociales, artefactos culturales, actividades y relaciones interpersonales que se cruzan en un determinado «paisaje psicológico». La diferencia entre el «territorio psicológico» y la «geografía vital y psicológica» es que el primer concepto incluye la problemática de la «ordenación psicológica», es decir, el carácter político vinculado a cualquier aspecto cultural, psicológico y social (Ratner, 2012). Por ejemplo, quién controla, define, diseña y organiza un determinado «territorio psicológico», por qué, para qué. La «ordenación psicológica» analiza las relaciones de poder que existen en cualquier «territorio psicológico».

Finalmente, he propuesto el concepto de «cartografía psicológica» para comprender el análisis de los distintos niveles del territorio psicológico o geografía vital-psicológica: la pareja, la familia, la escuela, un lugar de trabajo, un barrio, pueblo o ciudad, un país. Cada uno de estos niveles tiene su paisaje psicológico (por ejemplo la vivencia de los miembros de una familia) y su territorio (las relaciones de poder, las influencias sobre la familia, los conceptos culturales). De modo que para analizar cada uno de estos niveles geográficos se requiere incluir los componentes de la geografía vital-psicológica ya enunciados anteriormente. Por ejemplo si analizamos una familia debemos prestar atención y cartografiar la siguiente información: 1) la estructura geográfica y social donde habita (el clima, el entorno natural, si es un medio urbano o rural, el número de personas, distribución por sexos), 2) el funcionamiento de la institución social, en este caso la familia. Es decir, sus reglas y normas, sus códigos, sus relaciones de poder. También debemos analizar 3) los artefactos psicológicos y culturales que utilizan y que son significativos para ellos, 4) las relaciones interpersonales que mantienen y, finalmente, 5) las actividades, rutinas, prácticas o formas de vida significativas de los participantes.

Estos conceptos van asociados a tres principios que subyacen a la PCDH. Según el primero, el carácter psicológico de la geografía física y humana, no hay espacio o medio natural sin una mediación psicológica-cultural (lingüística, conceptual). Por lo tanto hablar de cultura y de psicología conlleva hablar también de geografía, y hablar de geografía implica hablar de psicología y cultura. Según el segundo principio enunciado, la mediación y distribución geográfica del desarrollo humano, la psicología tiene lugar, de hecho es su origen y su fundamento, en particulares medios sociogeográficos que constriñen y fomentan determinados rasgos psicológicos (determinadas maneras de percibir la realidad, de autodescribirse, de emocionarse). Además, la geografía forma parte de los recursos, prótesis o amplificadores que permiten regular y controlar nuestra conducta, estando la psicología distribuida en espacios geofísicos determinados. Por ejemplo, una montaña peligrosa me obliga a experimentar sentimientos de cierto miedo, mientras que una puesta de sol puede amplificar un determinado sentimiento de melancolía o amor. Finalmente y, según el tercer principio brevemente expuesto, cualquier fenómeno psicológico considerado (una determinada emoción, pensamiento, identidad, sentimiento) es el producto o resultado de la intersección entre distintas ecologías o niveles geográficos como una determinada experiencia familiar y una idea religiosa. Por ejemplo, la identidad de una persona es el resultado, el producto, de la confluencia de distintas realidades ecológicas como aquello que uno o una experimenta con su familia y

su trabajo, lo que ve por la televisión y el sistema social, político y económico que configura el Estado o nación donde este se desarrolla.

Considerada la propuesta uno puede preguntar por qué incluir la dimensión geográfica en la psicología cultural. Voy a terminar dando un par de motivos o argumentos para hacerlo, así como sugerir algunos retos que la disciplina debe afrontar en el porvenir.

La «psicogeografía cultural del desarrollo humano» puede concienciarnos, y aquí está una de las motivaciones principales que subyacen a la propuesta, en relación a la importancia del medio ambiente, la ecología y cualquier espacio geográfico. «Psicologizar» el paisaje, el territorio, la geografía implica humanizar estas realidades. Es decir, mostrar la importancia y el vínculo que tienen para nuestra psicología y nuestro desarrollo. Lo contrario es la «cosificación»: considerar que un determinado paisaje es simplemente un mero asunto físico, desvinculado de lo humano. Este modo de conceptualizar el medio nos libera de la necesidad de tener cura de él. En cambio, la psicologización del ambiente nos obliga a tomar partido, cuidar nuestra geografía y hacer políticas de cura y mantenimiento. Por lo tanto la PCDH fomenta las actitudes propias de cierta psicología ambiental verde o sostenible (Pol, 1993). Es decir, ciertas actitudes ideológicas y posiciones políticas encaminadas a examinar las «geografías vitales y psicológicas» que fomentan la calidad de vida y el desarrollo humano de las personas; así como analizar aquellas que dificultan la optimización psicológica de los individuos y sociedades. Probablemente este sea el sentido, la razón de ser, de la PCDH. La segunda razón, anticipada anteriormente, es de naturaleza teórica. En un mundo sumamente especializado se requieren de visiones interdisciplinarias que puedan enriquecer el análisis de la realidad social y humana. Por eso creo que merece la pena pensar modos de integrar disciplinas de conocimiento distintas como la psicología, la antropología y la geografía.

Evidentemente lo que se presenta no es un esquema concluido, definitivo e inmodificable. El futuro de la PCDH dependerá de tres cosas. En primer lugar, si es capaz de articular una teoría coherente en relación a la psicología y el medio que la envuelve (la geografía y cultura). En segundo lugar, si desarrollo, cosa que no se hace en este documento, metodologías específicas que permitan construir conocimiento en base a estas ideas y principios teóricos. En este sentido, es necesario revisar las metodologías utilizadas en geografía y adaptarlas al análisis de las dimensiones de las «geografías vitales y psicológicas» de las personas. En tercer lugar, si puede ofrecer vías de intervención y mejora de la realidad encaminadas a la calidad de vida de las personas, el desarrollo sustentable de las sociedades y la salud psicológica de los individuos. Evidentemente estas formas de intervención pasan por modificar o crear ciertas «geografías psicológica y vitales». Las tres cuestiones son retos que la disciplina tiene ante sí y que deben ser tratados en futuras ocasiones. Esperamos que el camino iniciado en este documento permita pensar modos de mejorarlo y, por lo tanto, de desarrollar una psicología cultural responsable y orientada al medio ambiente y los espacios, naturales y artificiales, a través de los cuales nos desarrollamos.

## BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON K.M., DOMOSH, M., PILE, S. & THRIFT, N. (Eds.). *Handbook of Cultural Geography*. London, Sage.

- BUTTNER, A. (1976): «Grasping the dynamism of lifeworld». *Annals of the Association of American Geographers*, Núm. 66, 277-292.
- BRONFENBRENNER, U. (1987): *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona, Paidós.
- BRONFENBRENNER, U. y CECI, S.J. (1994): «Nature-Nurture Reconceptualized in Developmental Perspective: A Bioecological Model». *Psychological Review*, Núm. 101, 568-586.
- COLE, M. (1999): *Psicología cultural. Una disciplina del pasado y del futuro*. Madrid, Morata.
- COSGROVE, D. (2003): «Landscape and the European sense of sight —eyeing nature». In: Anderson K. M., Domosh, M., Pile, S. & Thrift, N. (Eds.), *Handbook of Cultural Geography*. London, Sage, 249-268.
- CRESSWELL, T. (2003): «Landscape and the obliteration of practice». In: Anderson K. M., Domosh, M., Pile, S. & Thrift, N. (Eds.), *Handbook of Cultural Geography*. London, Sage, 269-281.
- CROJETHOVICH, A.D. y RESCIA, A.J. (2006): «Organización y sostenibilidad en un sistema urbano socio-ecológico y complejo». *Revista Internacional de Sostenibilidad y Tecnología y Humanismo*, Núm 1, 103-244.
- DANIELS, P., BRADSHAW, M., SHAW, D. & SIDAWAY, J. (Eds.) (2001): *Human geography: Issues for the twenty first century*. New Jersey, Prentice Hall.
- DAVIDSON, J., BONDI, L. & SMITH, M. (Eds.) (2005): *Emotional geographies*. Burlington VT and Aldershot, Ashgate Press.
- DOHERTY, M.J. (2009): *Theory of mind. How children understand others' thoughts and feelings*. New York, Psychology Press.
- ESTEBAN-GUITART, M. (2010): *Geografías del desarrollo humano. Una aproximación a la psicología cultural*. Barcelona, Aresta.
- ESTEBAN-GUITART, M., NADAL, J.M., VILA, I. y ROSTAN, C. (2008): «Aspectos ambientales implicados en la construcción de la identidad en una muestra de adolescentes de la Universidad Intercultural de Chiapas». *Medio ambiente y comportamiento humano. Revista internacional de psicología ambiental*, Núm. 9, 91-117.
- GONZÁLEZ, N., MOLL, L. y AMANTI, C. (2005): *Funds of knowledge: Theorizing practices in households, communities, and classrooms*. Mahwah, NJ, Erlbaum.
- GREENFIELD, P. (2009): «Linking social change and developmental change: Shifting pathways of human development». *Developmental Psychology*, Núm. 45, 401-418.
- KELLER, H. (2007): *Cultures of infancy*. Mahwah, NJ, Ed. Erlbaum.
- KITAYAMA, S. y COHEN, D. (Eds.) (2007): *Handbook of cultural psychology*. New York y London, The Guilford Press.
- KOZULIN, A. (1998): *Psychological tools. A sociocultural approach to education*. Cambridge, MA, Harvard University Press.
- LUNA GARCÍA, A. (1999): «¿Qué hay de nuevo en la nueva geografía cultural?» *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, Núm. 34, 69-80.
- LURIA, A. R. (1997): *Desarrollo histórico de los procesos cognitivos*. Madrid, Akal.
- MITCHELL, D. (2003): «Dead labor and the political economy of landscape —California living, California dying». In: Anderson K. M., Domosh, M., Pile, S. & Thrift, N. (Eds.), *Handbook of Cultural Geography*. London, Sage, 233-248.

- MOLLA, M. (2009): «El grupo de los alemanes y el paisaje de la Sierra de Guadarrama». *Boletín de la A.G.E.* Núm. 51, 51-64.
- MOLLES, M. C. (2006): *Ecología: conceptos y aplicaciones*. Madrid, McGraw-Hill.
- NEUMANN, R. P. (2011). Political ecology III: Theorizing landscape. *Progress in Human Geography*, Núm. 13, 1-8.
- NOGUÉ, J. (1999): «El retorno al lugar. La creación de identidades territoriales». *Claves de Razón Práctica*, Núm. 92, 9-11.
- NOGUÉ, J. (2005): «Paisatge, identitat i globalització». *ESPAIS*, Núm. 50, 18-24.
- NOGUÉ, J. y VICENTE, J. (2001): *Geopolítica, identidad y globalización*. Barcelona, Ariel.
- OLWIG, K. & MITCHELL, D. (Eds.) (2009): *Justice, power and the political landscape*. London, Routledge.
- ORTEGA, N. (2002): «Paisaje e identidad nacional en Azorín». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, Núm. 34, 119-130.
- ORTEGA, N. (2009): «Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional». *Boletín de la A.G.E.* Núm 51, 25-49.
- POL, E. (1993): *Environmental psychology in Europe. From architectural psychology to green psychology*. London, Avebury.
- RATNER, C. (2006): *Cultural Psychology. A perspective on psychological functioning and social reform*. Mahwah, New Jersey, Lawrence Erlbaum Associates.
- RATNER, C. (2008): *Cultural Psychology, Cross-Cultural Psychology, and Indigenous Psychology*. New York, Nova.
- ROGOFF, B. (2003): *The cultural nature of human development*. New York, Oxford University Press.
- SALOMON, G. (1993): *Distributed Cognitions*. New York, Cambridge University Press.
- SAUER, C. O. (1925): «The morphology of the landscape». *University of California Publications in Geography*, Núm. 2, 19-53.
- SAUER, C.O. (1941): «Foreword to historical geography». *Annals of the Association of American Geographers*, Núm. 31, 1-24.
- SCRIBNER, S. (1990): «Reflections on a model». *The Quarterly Newsletter of the Laboratory of Comparative Human Cognition*, Núm. 12, 90-94.
- SMITH, M., DAVIDSON, J., CAMERON, L. & BONDI, L. (Eds.) (2009): *Emotion, place and culture*. Burlington VT and Aldershot, Ashgate Press.
- SOJA, E. (1989). *Postmodern geographies*. Londres, Verso.
- SOJA, E. (1996). *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and other real-and-imagined spaces*. Malden, Blackwell Publishers Inc.
- THRIFT, N. (2007): *Non-Representational Theory*. London, Routledge.
- TUAN, Y. (1974): *Topophilia: A study of environmental perception, attitudes, and values*. Englewood Cliffs, NJ, Prentice-Hall.
- TUAN, Y. (1977): *Space and place. The perspective of experience*. Minneapolis, University of Minnesota Press.
- VALENCIA, F. (1987): *Introducción a la geografía física*. México, Herrera.
- VYGOTSKY, L. S. (1978): *Mind in society*. Cambridge, Harvard University Press.
- WERTSCH, J. (1998): *Mind as action*. New York, Oxford University Press.

- WILBRAND, S. & NOGUÉ, J. (2010): «Landscape, territory and civil society in Catalonia». *Environment and Planning D-Society & Space*, Núm. 28, 638-652.
- WRIGHT, J. K. (1947). *Terrae incognitae: The place of imagination in geography. Annals of the Association of American Geographers*, Núm. 37, 1-15.